

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

Ceremonia de Entrega 6ta Edición del Premio Ignacio Ellacuría a la Cooperación al Desarrollo del Postgrado en Iberoamérica

Santiago de los Caballeros, República Dominicana – Centro de
Convenciones, Universidad Tecnológica de Santiago

Viernes, 22 de marzo de 2019 – 19:30 | 20:30

Palabras de Rebeca Grynspan (10')

Secretaria General Iberoamericana

Quisiera empezar estas breves palabras agradeciendo este honor tan grande que nos hacen a la SEGIB. No sólo por ser un honor que pone el acento en una de nuestras labores más importantes, la promoción de la educación, y en particular la educación superior, en Iberoamérica; un trabajo en el que mi amigo Félix García Lausín y yo, como muchos de ustedes sabrán, llevamos varios años laborando. Sino por

concedernos este honor en nombre de aquel vasco universal que fue Ignacio Ellacuría Beascochea, un ser que tanto merece seguir viviendo en nuestra memoria.

Ignacio Ellacuría, como todo buen iberoamericano, fue un hombre transatlántico. Nació en Vizcaya, se educó en Quito y murió (a destiempo, injustamente asesinado) en El Salvador. Jesuita comprometido con su tiempo y con su gente, filósofo y teólogo a toda ley, Ellacuría fue una muestra viva del poder que tiene la fe y la pasión por las ideas con las que uno se ha comprometido, de lo que logramos cuando somos consecuentes con lo que creemos. Este, sin duda alguna, fue su mayor legado; y el manto, por consiguiente, que hoy más nos honra.

La ceremonia que esta tarde nos reúne es una muestra de que lo que más nos une a las personas son las causas afines. Decía un filósofo inglés que la “cultura es amar aquellas cosas que otras personas han amado antes que nosotros”. Lo mismo sucede en la política y en el desarrollo: trabajar por la prosperidad de un pueblo, de una región, es seguir queriendo las cosas que han querido las personas que han trabajado en esta epopeya antes que nosotros, es seguir creyendo en las causas que ellos y ellas creyeron hace veinte, cien, trescientos años atrás.

Por supuesto que no podemos separar la obra de Ellacuría de su fe en la palabra de Jesús y en la Teología de la Liberación. Yo, como muchos de ustedes saben, soy hija de inmigrantes judíos, y a la lucha por el desarrollo de Iberoamérica le llegué por otras vías. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que mi convicción es la misma. Que cuando Ellacuría suscribe la idea de que “la situación actual de la mayoría de los

latinoamericanos contradice el designio histórico de Dios”, yo sé exactamente, aunque en mis propias palabras, de qué está hablando.

Que cuando dice que debemos enfocar nuestros esfuerzos en los más desaventajados, yo comparto plenamente esa causa. Que cuando nos convoca a trabajar “desde la realidad”, fuera de las abstracciones intelectuales, sean teológicas o tecnocráticas, yo también puedo acudir a ese llamado. Que cuando sentencia que, ante la injusticia social tan patente en nuestro continente, todos, hombres y mujeres sin excepción, tenemos una responsabilidad de “cargar y encargarnos de esta realidad”, yo también puedo sentir dicho peso sobre mis hombros.

Por ello sé que este premio honrará a todas y cada una de las personas que trabajamos en la SEGIB, sin importar su género, afinidad política, religión u origen social; pues sé plenamente que en esta casa todos estamos comprometidos con la misma causa y que todos, por tanto, la celebramos. Así que muchas gracias, AUIP, por este galardón tan importante.

Ahora bien, tampoco es gratuito que este premio dirigido a promover a las instituciones que avanza los estudios superiores en Iberoamérica lleve el nombre de Ignacio Ellacuría. Para Ellacuría, como buen jesuita, la educación era una parte fundamental del desarrollo de los pueblos. Pues si “la verdad nos hará libres”, entonces hay que ir a buscarla allá en las profundidades donde se encuentra. Y la verdad, como todos aquí sabemos, queridos profesores, queridos estudiantes, es elusiva, arcana, casi inalcanzable. A la verdad solo podemos acercarnos con muchos

años de estudio; es decir, con educación no solo básica, sino también, por supuesto, con educación superior.

La lógica detrás de esta idea es contundente. La educación nos revelará la realidad; en América Latina, aún el continente más desigual del mundo, la realidad más patente es la injusticia social que padecen nuestros pobres; y por tanto, la educación hará de nosotros hombres y mujeres nuevas, personas avocadas a promover la justicia social en nuestras comunidades y en nuestros países.

Esta idea, de que la educación no solo enseña habilidades sino también valores, es una que compartimos plenamente en la SEGIB. Una de las razones principales detrás de nuestro programa de movilidad educativa, Campus Iberoamérica, es precisamente que sabemos que la movilidad es la mejor herramienta que tenemos para fomentar el sentimiento iberoamericano, y los valores transatlánticos que suscribe.

Es sabido por todos que Iberoamérica necesita más investigadores, más estudiantes capaces de innovar en sus países, de repensar sus modelos de negocios, de diseñar nuevas y mejores políticas públicas. Pero Iberoamérica también necesita más ciudadanos universales, más personas que sepan, desde la experiencia, lo parecidos que somos en Iberoamérica, y lo mucho que nos necesitamos los unos a los otros.

La experiencia del programa que nos ha inspirado en cada paso en este proceso – el programa Erasmus europeo— es muy claro en esto. Sus egresados no solo tienen menores tasas de desempleo y mayores salarios en promedio, sino que también

cuentan con una visión mucho más amplia de su entorno, una visión que refleja mejor la naturaleza del complejo mundo hiperconectado en el que vivimos.

Esta es una visión que, en el marco de la Agenda 2030, una agenda cuya fortaleza es la solidaridad y universalidad de sus metas, es más importante que nunca que podamos impartir a cada uno de nuestros jóvenes.

Los retos que enfrentamos, queridos educadores, son cada vez más globales, y requieren alianzas cada vez más amplias y longevas para superarlos. Esa es la realidad; la realidad en mayúsculas. El futuro del Trabajo, el calentamiento global, la regulación de las nuevas tecnologías, la creciente desigualdad en la que vivimos, para solo nombrar algunos, son desafíos que solo podremos superar gracias a una nueva consciencia social. Gracias una consciencia más amplia y humanista; gracias una consciencia que al final de cuentas tampoco es tan nueva, pues es la misma que Ignacio Ellacuría buscó enseñar toda su vida.

Por eso creemos en la movilidad académica y en la promoción de la educación superior, querida rectora magnífica. Por eso les pedimos una vez más que nos acompañen en esta epopeya. Porque sabemos que la movilidad es el signo de nuestra región y nuestra historia. Que la movilidad es lo más iberoamericano que existe: en esta región de peregrinos, mercaderes, peatones y navegantes.

Queridos amigos, queridas amigas:

No quisiera despedirme sin lamentar, en este acto solemne, una vez más la muerte apresurada de Ignacio Ellacuría. Releyendo estos días su historia, no pude sino espantarme del recuerdo de esa época donde perdimos a tanta gente de bien, a tantos artistas e intelectuales que solo querían una mejor versión de este mundo; esa época tan triste de mi Centroamérica natal que espero podamos condenar de una buena vez al pasado, si bien nunca al olvido.

Muchas gracias.